

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

AÑO 6. ENERO-MARZO DE 2025

N.º 27



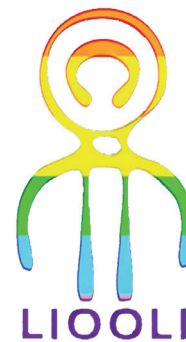
Federico García Lorca

Más Vivo Que Nunca!

www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



www.lioolimixturas.wordpress.com
www.capplannetta.com



N.º 27. Año 7
ENERO-MARZO DE 2025

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES


Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



EDITORIAL XXVII



El Premio Nacional de las Letras 2024 ha recaído en el escritor Manuel Rivas, autor prolífico, de gran valor literario y una obra reflexiva que ha recibido un enorme eco entre los lectores españoles. Escribe en gallego, una de las cuatro lenguas oficiales del Estado, y no es el único escritor de lengua oficial no castellana que obtiene galardones estatales.

Este hecho, el que un escritor en otra lengua sea de nuevo premiado, ha sido motivo para la crítica por parte de la asociación Hablamos Español, de ámbito estatal y sede en Vigo que defiende el bilingüismo en las comunidades autónomas con lengua propia, al considerar que el castellano o español se relega en ellas a un rango secundario. No critica la concesión del premio a Manuel Rivas, sin duda reconocen su calidad literaria, pero afirman que el 30% de los premios literarios de ámbito estatal se conceden a autores que escriben en estas otras lenguas españolas.

A tenor de los hablantes de estas tres lenguas oficiales, el gallego, el catalán y el vasco, y de su uso, no parece que sea exagerada esa proporción de premiados, si es que los premios literarios han de tener en cuenta cierta proporcionalidad a este respecto. Estamos hablando de idiomas que, aun cuando no se hablen en todos el territorio español, sí que tienen una presencia importante, y no sólo en sus comunidades. En el caso del gallego, además de Galicia, se habla en comarcas de Asturias, Castilla y León e incluso en Extremadura, en concreto en una zona de Cáceres, donde se emplea a *fala*, una variante del gallego. Aunque también es verdad que en las comunidades con lengua propia existe una evidente pluralidad lingüística, con una parte importante de su población de lengua materna castellana.

Que esta cuestión, en todo caso, salga otra vez a la palestra indica bien a las claras que la convivencia entre las lenguas sigue siendo complicada en Espa-

ña. Hay un debate intenso aún, que en ocasiones roza el conflicto. Hay que tener en cuenta que hablamos de una lengua como el español, uno de los idiomas más hablados en el mundo, con una vitalidad literaria enorme y cada vez mayor presencia internacional, que convive en España con lenguas minoritarias que sólo la cooficialidad ha permitido una evidente recuperación, y gracias a ello que se escriba en ellas con cierta normalidad y haya autores más que notables. Otras lenguas corren peor suerte: el asturiano, el asturleonés o el caló rozan la desaparición, sin ninguna oficialidad además. En el País Vasco el erromintxela, una lengua criollizada del romaní influido por el euskera, está en peligro de extinción, si es que no lo está ya.

Pero no sólo en España se viven estas dificultades, podemos decir que es algo que ocurre en casi todos los países del mundo, pues son muy pocos los países monolingües y muchos los modelos de convivencia más o menos logrados. El castellano o español convive en América con un sinfín de idiomas, algunos por suerte muy vivos en su uso, aunque otros en clara extinción. Estos días la prensa recogía la situación de la lengua chaná en Argentina, con los dos últimos hablantes nativos que bregan por mantener al menos el recuerdo del idioma.

La literatura es sin duda un medio muy idóneo para conocer la salud de un idioma, además de contribuir a su uso y dignificación. Que haya autores que escriban en las varias lenguas de un territorio contribuye al conocimiento de realidades diversas y puede mitigar tensiones allí donde haya conflictos. Por ello nos congratulamos de la concesión de premios a autores a los que hay que leer por su calidad literaria, sin necesidad de establecer cuotas ni proporcionalidades que nada tienen que ver con una cultura libre y plural.



CONTENIDO

RESEÑAS / Un lugar mejor. Pedro Ugarte.....	6
RELATO / Coyote. Juan A. Herdi.....	7
POESÍA / Poema para Aran. Cecilio Olivero Muñoz / Bertha Caridad.....	10
POESÍA / Cisne y cerdo. Caballo ahogado en un lago. Dionisio Cañas.....	11
POESÍA / Cabeza de lobo. Dionisio Cañas / La vida, la vida (poema). Axel Fernández Olivero	12
POESÍA / Iniciarse. A mitad del camino / Pepe Suárez Jardón	13
POESÍA / Javier Olalde.....	14
PROSA / Quien siembra cosecha / Cecilio Olivero Muñoz.....	15
RELATO / Espejismos / Roberto M. Ballarín.....	16
PROSA / Ser pobre. Voces de ultratumba / Cecilio Olivero Muñoz	18



Por JAH

UN LUGAR MEJOR Pedro Ugarte

Páginas de espuma, 2024

Una vez más estamos ante un volumen de relatos cortos de Pedro Ugarte, una nueva propuesta de quien es a todas luces uno de los mejores cultivadores del cuento literario en España. Bajo el título sugerente de *Un lugar mejor*, el autor bilbaíno nos ofrece doce relatos que agrupa en cuatro estaciones –la de la memoria, la de la soledad, la de la mentira y la última estación, los calificativos en absoluto son inocentes–, doce relatos sobre historias que reflejan un decaimiento no muy alejado del que suscita el tren abandonado de la portada, con el hombre que parece saludar a lo lejos.

Es de este modo como nos presenta Pedro Ugarte estos relatos, como un reflejo de la normalidad que nunca lo es. Tras las rutinas y el orden, hay siempre el pasmo del horror y la pesadumbre, un extrañamiento que nos afecta a todos, cualesquiera que sean las circunstancias de los personajes que se mueven en cada relato, al igual que ocurre con la vida, empezando por ese mismo Jorge que aparece a menudo en los relatos del autor. Nos puede parecer que sea siempre el mismo Jorge, aunque es también distinto en cada cuento, como distintos son sus contextos, en clara analogía con la algarabía presente en los autobuses escolares, la misma todos los años,

aun cuando los niños sean siempre otros, que se cita en uno de los relatos.

El tiempo, su paso lento pero certero, las apariencias, la verdad y la simulación, la búsqueda de la felicidad a través de una cotidianidad que no escapa a la extrañeza antes aludida, son todos ellos argumentos de sus relatos. El lector no podrá escapar al efecto de sentirse reflejado, de identificarse con lo que les ocurre a los personajes, al final de aplicarse el cuento en su propia vida.

De ahí que nada ni nadie escape a una fina ironía, tal vez fatalista, ni siquiera los escritores, como el Jorge autor de *Niños jugando a la guerra con pistolas de verdad* cuya nota biográfica en la solapa apenas puede ocultar lo poco que pesa la literatura en su propia vida. En la vida, al fin, de todo escritor.

Los relatos de Pedro Ugarte tienen siempre algo de melancolía. Se cuele en ese estilo cuidado, perfilado, en apariencia sencilla, pero fruto de una escritura atenta y trabajada. Una mera frase puede modificar el sentido de los hechos, tal vez sin efectismos, pero con bastante elocuencia, como ocurre en *¿No podría morir ese animal?* Es conocida la atención que presta este escritor al lenguaje, una escritura y un estilo a la que, sin duda, se deben prestar atención.



Por Juan A. Herdi

Coyote

Se contaban muchas cosas sobre él. Todas contradictorias. Que se había cortado la pierna en un momento de enajenación o que la había perdido cuando derribaron el avión que pilotaba, un Heinkel o algo parecido. Que era pendenciero y al tiempo que no mataba ni a una mosca. Que vivía de robar por el centro de Bilbao o que se ganaba la vida, o malvivía más bien, como tantos otros, en una mina de hierro por Gallarta o Miribilla. Que estaba loco por las experiencias tremendas vividas durante la guerra, sin que en el tiempo transcurrido desde entonces, veinte años nada menos, hubiera podido sanar, o que simplemente era un hombre muy cerrado, taciturno, puede que también melancólico. Que estuvo con la República, pero también había quien decía que combatió con los que ganaron, y que fue cayendo en desgracia, bien porque en el fondo no estaba de acuerdo con el alzamiento, la asonada militar le habría pillado en zona nacional y quedó por tanto obligado a tomar las armas, bien porque era un falangista puro, un camisa vieja decepcionado, no sería el único, tras la apropiación de los ideales por quienes ni de lejos iban a cumplirlos.

Sea lo que fuere, a mí me daba respeto. Lo veía bajar o subir entre las chabolas, por cuestras y escaleras siempre embarradas. Apenas se paraba a hablar con alguien, sólo un saludo que a menudo se limitaba a un gesto, no podría decir si amable o sólo una mueca con la que procuraba evitar ir más allá del mero cumplido. A veces se le vio borracho, pero esto me lo contaron, yo nunca lo vi así, a diferencia de tantos otros hombres de Uretamendi, que regresaban bebidos, malolientes y a menudo agresivos. Yo los veía a estos, andaban en zigzag, puro culebreo al subir las escaleras de piedra o de ma-



dera, casi a gachas si se trataba de una cuesta empinada. Susurraban improperios, palabras de rabia por el cansancio de no ver futuro a pesar de todo, siempre persiguiendo quimeras y viviendo incluso en peores condiciones que en Castilla, Galicia o Extremadura. Aunque ahora no tuvieran al terrateniente oprimiéndoles. Sus mujeres eran siempre las que pagaban al final el pato.

Pero yo siempre lo contemplé templado y austero. Me daba respeto, sí, pero no miedo.

Lo llamaban el coyote. Yo nunca había visto uno, así que no sabía si el apodo le venía a cuento o era exagerado. En todo caso, era cruel dárselo: carecía de agilidad, arrastraba siem-





LiooLi Mixture

pre la pierna falsa, quien sabe si recompensa por los servicios prestados o un acto de caridad de un alma caritativa, y a veces, cuando el dolor debía de ser excesivo, se la quitaba y se la ponía al hombro. Avanzaba dando saltos y sujetándose en una rama de árbol. Yo me lo quedaba mirando cuando bajaba o subía así, aunque siempre con disimulo, no quería que se fijara en mí, que se encarase por ese acecho tal vez impertinente, fruto de una curiosidad que, por otro lado, tampoco deseaba que se conociera, aquí todos hablaban de todo y no siempre los comentarios eran cordiales, a pesar de que la gente se ayudase y eran pocos los incidentes, las peleas y las broncas entre los pobladores. Pero siempre había, creo yo, un ápice de maldad en la mirada de la gente y que solía brotar por ejemplo en chismes malintencionados, habladurías que se daban sin motivos.

Por lo demás, la vida transcurría con una parsimonia que agobiaba a mi madre, aquí

no pasa nada, ni pasará, decía malhumorada cuando por la noche contaba el dinero ganado durante el día, entonces nunca supe muy bien cómo. O al menos optaba por no saberlo. Yo me dedicaba a lavar la ropa de mis hermanos, a cocinar y a cuidarlos mientras madre estaba fuera, también a leer los libros que a menudo me traía el Padre Armentia, el cura que siempre fue amable conmigo, sin nunca exigir ni a mí ni a mis hermanos o a mi madre que fuéramos a la iglesia blanca que él y unos vecinos habían levantado más arriba, una iglesia con paredes de cal y que me recordaba vagamente a las de algunos pueblos de Extremadura, aunque ya hacía mucho tiempo que marché de Llerena, pero con la edad suficiente como para guardar algunos recuerdos e imágenes que a veces se me aparecían en sueños.

No era raro que mi madre me enviara a la ciudad a comprar. A mí me gustaba merodear por Recalde, incluso a veces por Irala, donde los gitanos del mercadillo me confundían con



uno de ellos, por mi tez que era morena, por mi rostro alargado o por mis ojos que, decían, eran oscuros como la noche, y a veces me pedían menos dinero o me daban más por el mismo precio. Al regresar, me desviaba de las campas y avanzaba por una zona de bosque, aunque mi madre me decía que no volviera por allí. Insinuaba peligros, sin concretarlos. Pero a mí me gustaba el silencio y la sensación de ensueño que había entre los árboles, como si lo de fuera hubiese dejado de existir o estuviera yo de pronto sola en el mundo. La humedad que se te adentraba por la piel te arrullaba tanto que avanzabas entonces como si formases parte de los árboles, de la niebla, de la hierba, del olor intenso a tierra.

Al girar por el sendero me topé con los dos guardias, sentados sobre unas piedras, en la parte alta del camino. Me observaron y se les iluminaron los ojos. Mira la pava, oí que decían. Aceleré el paso, bajé el rostro para evitar mirarlos. Ellos me chistaron. Quédate un rato, me soltaron entre risas, pero yo no me detuve y volví a apresurar el paso, incómoda. Uno de ellos se puso de pie.

—Oye, tú eres la hija de la Francisca, ¿no? Escuché sus risotadas y aquella palabra exclamada que me hirió por dentro como un cuchillo. Quédate un rato, repitió el guardia que se había levantado. Fue entonces cuando resonó su voz, como un trueno.

—Agente, no se pase con la chiquilla. Apareció a mi izquierda, surgió entre los árboles como una sombra primero, luego como un espectro cuya figura se perfiló por completo al colocarse en medio del sendero, a pocos pasos de mí, tan cerca que me detuve y miré hacia los guardias, esta vez no sin cierta seguridad. Contra lo que esperaba, se les había quitado el gesto de mofa, pero tampoco parecían irritados porque alguien, además, se les enfrentara. Más aún, se quedaron callados, acobardados ante el coyote, como si fuera este hombre, en aquel momento, el más importante del mundo, un general o un mariscal de campo, cualquier cosa que fuera un mariscal de campo. Me he preguntado después, las veces que he

recordado aquel incidente, de dónde brotó la autoridad con que les habló y que les enmudeció por completo. Y sobre todo quién era él en realidad para acallar así nada menos que a dos guardias.

Me miró y su rostro adusto se suavizó al dibujársele una sonrisa. Se me acercó. Su cojera no le quitaba sin embargo distinción ni firmeza. Incluso poseía una gallardía que nunca hasta entonces le había notado.

—¿Todo bien?

Sonreí, tal vez tímida.

Eché de nuevo una mirada hacia los guardias. El que se había puesto de pie se sentó de nuevo, junto a su compañero. El *coyote* colocó entonces un brazo sobre mis hombros. Vamos, susurró, y anduvimos en silencio un rato, hasta que él, saliendo de su ensimismamiento, soltó una risotada

—¿Sabes lo que significa Uretamendi? —preguntó de pronto, con una sonrisa amplia dibujada en su rostro adusto.

Con la cabeza le indiqué que no. Sonrió irónico. Nada más lógico, me dijo, en vascuence *Ur* es agua, *eta* es y, *mendi* es monte.

—Agua y monte, justo lo que tenemos.

Y como si también mandara sobre los elementos y hubiese lanzado un mandato, comenzó entonces a orvallar, mientras la cuesta se empinaba un poco más.



Poema para Aran

Para que nadie se atreva a tocarte
Por ti me haría tormenta.
Para que hablaras con elocuencia
Te daría mi vida efímera.
Para que no se te acerque la gripe
Por ti me haría una pueril defensa.
Para que no venga nadie a martirizarte
Me haría un pastelito de fresa y crema.
Porque tú eres mi niño, mi luz, mi estandarte
Y la protección con calor en este poema.



Poema de Bertha Caridad

No quiero este otoño es tan triste...
las ausencias muerden mis dedos,
calan mis huesos tantos desvelos,
ansío una fecha, lejana... ausente.
Me pregunto, si el silencio, para ti,
es la espera agobiando mi tiempo,
le temo al invierno, y presiento...
jamás volveré, ni por ti, ni por mí.

Penando está el azul, en derroche,
me espantan tus ojos sin luz...
es la vida... cual clavo en la cruz,
¡quiero palabras exactas, fanteche!



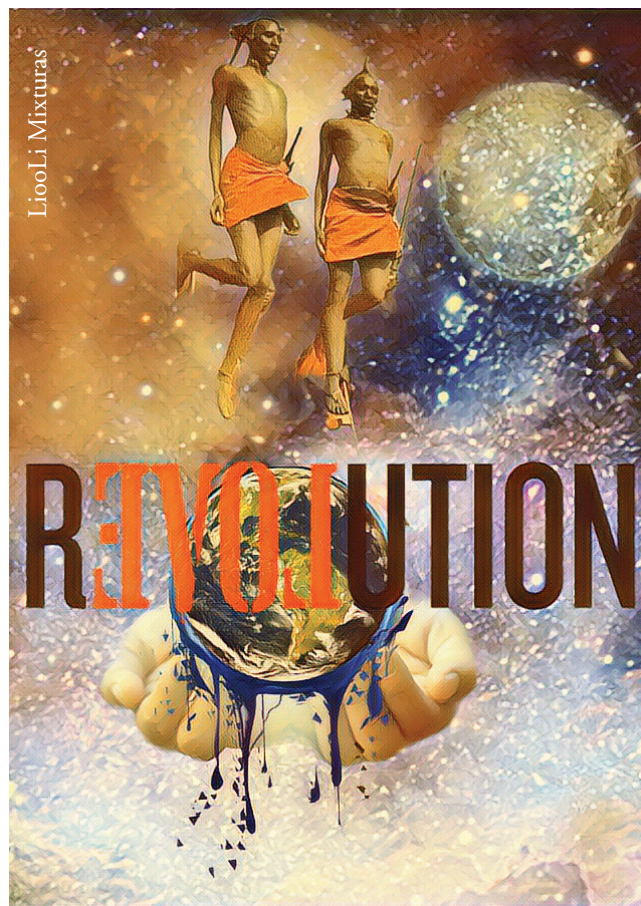
Cisne y cerdo

Viendo que el día no tenía ni pies ni cabeza,
que la noche árida se escapaba por todas partes, que los ritmos del cielo y de la ciudad se juntaban sin hacerle caso a nadie, viendo que ya había hablado de tantas cosas, agarró su cisne enlutado y se fue al carajo.
Luchando con tu cisne (o con tu cerdo), toda la vida te la pasas luchando con tu ángel (o con tu demonio): lucha inútil, único sabor de la vida, la lucha con el cisne (o con el cerdo). Siempre luchando con tus deseos, con tus odios, santa puta, sensato hombre de negocios. Tú

ángel, Tú demonio, Tú cerdo y cisne, razón y carnaval.
Un camarero amable te traiciona, con su mano de cisne te vuelve a poner un trago. Un criminal amable te emociona, con sus palabras de hombre o de poeta, te habla de otros paisajes, de otra historia de amor, te enseña una vieja filosofía, en la cual cisne y cerdo son la misma cosa. Y te dejas morder el corazón por dos bestias que viven en el barro. Hijos del limo somos, sí, ¿y quién quiere ser hijo del mármol?
(El gran criminal)

Caballo ahogado en un lago

Fueron un caballo quizás aquellos huesos bruñidos por el barro y así restituidos por la fuerza feroz de la lluvia en primavera
Bien pudimos haber pensado que era el azar pero fue cierto designio tentación o tortura que crecía tenaz entre nosotros
Era el lago un espacio entregado al silencio sólo surcado por el bulto de algún ave red mortal para un caballo en su carrera y para nosotros turbio espejo donde mirar el tiempo
Fuimos así el reverso de una escena de caza donde un caballo huía perseguido por su sombra y atrapado quedaba por las aguas
Vimos su cadáver alzado sobre un espeso cielo y corrimos perseguidos por el miedo de sentirnos desposeídos de repente de aquel amor que hoy estamos reescribiendo
(La caverna de Lot)



Cabeza de lobo

A Franz Biberkopf

Como cabeza de lobo llevas el poema, para que te paguen tu labor lo muestras, se ríen de ti, y te dicen que ya no sirven para nada los poetas, que los lobos hace tiempo que desaparecieron... Te vas a otra tierra, buscas otro lugar, enseñas tu cabeza de lobo, tu poema, y te responden con las mismas burlas. Vete a tu casa de piedra, siéntate junto a la hoguera, mira cómo el humo lamenta su ligereza, cómo quiere rebelarse contra su propio cuerpo. No puede volver atrás, porque el viento lo aleja del lugar. Demasiado tarde. El humo no sabe lo que le pasa, se toca la frente, pero no tiene frente, quiere pensar y no tiene cabeza, mira y sólo ve abajo una hoguera que se apaga. El frío y la noche se apoderan de él... Y tú vuelves a encender la hoguera con las hojas de este libro. En el cielo se verá algún día una humareda que cubrirá la tierra. Y volverán los lobos milenarios, en estos siglos del miedo volverán, y buscarán por todos los lugares al cazador de lobos, al criminal, y él se habrá esfumado, como la piel del humo, con su cabeza de lobo, con su poema.
(El gran criminal)

Poema de Axel Fernández Olivero

La vida, la vida (poema)

La vida la veo genial
Me gustaría que no existiera la palabra No
Porque si decimos toda la vida no, no, no
La vida sería imposible y dura como un hierro.
Así que si vosotros tenéis una buena vida
Publicar una explicación y la veré.
¿Cómo es la vida?
La vida es súper buena.
Necesitaríamos vivir siempre
Sólo da pena cuando morimos,
Nos podemos reencarnar
o no, cuando hay amor.
A mí me gustaría que no
así estoy con todos mis seres queridos.
Y vivir en paz.



Iniciarse

Iniciarse, proponer otras formas
en el hondo renacer de los átomos,
hundirse si fuera preciso
en el légamo del oscuro barro;
invertirse, la piel y la luna
adentrarse en horas de harapos,
perpetuas miradas huidizas,
excesivos y sutiles brazos.
Asediar un atisbo de silencio,
y, pensar si es bonito el ocaso,
una gota de azufre en el veneno
de los últimos renglones del vaso.
Empezar por si acaso a buscarse,
indagando más adentro, más alto,
reunir el desorden interno
en la huella del sentido espacio.
Aunar fórmulas de derrota,
expresiones que fuimos olvidando,

levadizas montañas de ritos
que son sonidos de nuestros fracasos.
Inventarse, otra vez, solitarias voces
de quejidos que tal vez silenciamos,
desandar el sendero del opio
y probarlo si fuera necesario.
Otras veces ya lo hemos hecho,
otras veces lo hemos intentado,
es posible esperar otras puertas
y fundirse en la luz de un abrazo.
Reiniciarse, no importan las dudas,
ni tampoco la sed de nuestros actos,
sonreírle al sol que opuesto
nunca alumbra en nuestros pasos.
Revivir a pesar del desaliento
y prender un fuego iluminario
en palabras que forjen mañanas
y que sepan que las esperamos.

A mitad del camino

He llegado a mitad del camino,
¡quién lo diría!, tantas noches
pensando en ser luciérnaga
o caerme de bruces, sin salida,
como una cascabel herida
por las balas del poder;
sin embargo, hoy estoy bien,
soy feliz en mi pequeñez,
buscando relojes sin horas
y mariposas gigantes
en la tornasolada niebla.
Debajo de esta piel sueñan formas
de ingravidas sonrisas
en la resbalosa medida.
He sobrevivido a docenas de golpes
en la innecesaria rutina,
una luna me lamió las cicatrices
que un dragón inmenso me quemó
con la fetidez del miedo,
aquelarres de voces me aullaron

en la cósmica ascensión a la nada;
sin embargo, llegué al beso,
a la caricia sin más, a la palabra
para decirte, ¡adelante!,
completemos la jornada juntos,
tú y yo, compañero.
He llegado hasta aquí,
ahora solo sé que puedo.
Y debo seguir siendo, renaciendo
con la coartada legítima
de estar llegando a viejo
y pegarme a las leyes sin ley
de las sutiles luces de un sonido
que armonioso sigue sonando
en la voluntad de estar creciendo.
Una acuarela de retazos
de amores que brotan en silencio
en la opacidad de las penumbras
en barriles de calor y encuentro.
¡Adelante, sigo, ya vengo!

Existes

no por mí, no para mí. No
obstante, existes
o has existido o existirás

en algún lugar limítrofe o remoto,
destruido o no fundado todavía.

No hay reproches ni lamentaciones,
nada podemos exigir
pues nunca decidimos

ser los que somos o aquellos que no
somos y habernos transformado en
los amantes que jamás coincidieron.

Aunque hemos de ser siempre

los que esperan,

y mantienes en mí
un ámbito constante, y hallaría en ti un
término seguro,
pero sin conocer de qué modo encontrarnos,
a dónde dirigirse, a quién buscar,
cómo recorrer esos espacios nuestros
ignorados.

Mas no somos ficciones,

estamos ocurriendo en relatos distintos,
sin confluir,
equivocándonos incluso,

creyendo alguna vez habernos
descubierto en otra gente
o habiéndonos cruzado entre la multitud
sin distinguarnos,

sin confirmar que somos aún posibles
a pesar de los días que no nos traen
señales ni confianza.

Pero continuaremos

siendo aquellos que esperan,

aquellos que hicimos de los días
un camino de paso hacia otros días
en los que proseguimos avanzando
a través del silencio
sin renunciar,

sin esperar noticias,

en tanto convivimos con esta historia cierta del
amor escindido que sucede
allí donde habitamos

mientras perdure el plazo de tu tiempo y el
mío, improbables amantes, resignados, leales.



2.12.

En este estar sin ti
no existe olvido,
ni escombros que atestigüen
tu recuerdo, ni un mar
donde al final emerja Ítaca.

No alcanzas
a llegar y aún perseveras
en tu verdad de ausencia y de prodigio,
mientras van transcurriendo los lugares
y se consume el tiempo,
y aconteces en este indisoluble estar contigo.

Suceses sin pasado ni
presente en este estar sin ti,
mas te antepongo

y la mañana llueve y nada sabes,
y la lluvia deshoja las acacias
en este estar sin ti, donde me avengo

a ser siempre una espera incontenible.

Y algún futuro habrá que no
me encuentres, pero
mantenme vivo en la sospecha.

Cierta como Morgana

Prosa de Cecilio Olivero Muñoz

Quién siembra cosecha

Este concepto de mi vida que me hace malpensado. Este poema en mi jaula de oro encerrado me hace esclavo, aunque si soy libre soy un monstruo, un río desbordado, un iracundo idiotizado, y un árbol sin fruto, un caballo desbocado, que devora el conocimiento, pues en ti aprendo milagros, y tras el milagro me propago, me hago bicarbonato. No puedo fumar en el lavabo, también quisiera ser un hombre bienpensado, un hombre decente, un inocente del origen desdentado. Me duele mi amigo Juan A. que cuando se va, se va mi tuétano y mi resuello detrás. Mi yo desacostumbrado al filete de ternasco, yo, que he sido tan valiente y él que no es amigo, es un amigazo, tenlo siempre presente, un amigo no pregonar lo que nos lleva al trazado y al pasado. Tú que has tocado fondo en batiscafos, tú con lo que llevas andado, tú sabiduría y mi ceguera de emplazado. Te pido disculpas por este furor tan malpensado. Mi desasosiego y mi quebranto se pone de acuerdo con el disparate inapropiado. Puedo aprender de ti como erudito, aunque soy profeta del extrarradio. Mientras algunos amigos en el destino entraban en las fauces de un león mi cuaderno milimetrado en un mapa mudo pensaba cómo poner geografía a tu yo inmaculado. Quiero que seas tú, que no hagas caso a las puntadas sin hilo. Mi hilo antiguo, es negro porque lo pierdo, y saco conejos o palomas de la chistera, y pierdo desmemoriado el nombre de tantos y tantos que rompen sutiles epitafios, epitalamios y hombres como tú, merecedor de todo lo que has sembrado.

Espejismos

Cuando pasó la tormenta de arena se hizo el silencio. El hombre, un bulto encogido y parcialmente sepultado, se irguió, desentumeció sus extremidades y sacudió su ropa. Estaba desorientado. Quiso mirar a todo su alrededor, pero el sol le dolía en los ojos. La arena recién caída era un manto virgen que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Parecía como si el mundo hubiese vuelto a nacer y él lo estuviera pisando por primera vez. En la lejanía, en el horizonte mismo, divisó al fin el que creía que era su destino. Corrió entonces hacia él pendiente abajo, eufórico y despreocupado. Poco después continuó caminando, ya sin apresurarse, y reservando sus energías. Porque, en el desierto, correr no tiene ningún sentido.

Cuando el sol estuvo alto se sentó y descansó. Las horas de mediodía deben pasarse así: cobijado y esperando a que el reverberante calor decaiga, porque no se puede luchar contra su fuerza. La única sombra con la que contaba en ese desolado paraje era la de su propio capote, que tendió sobre su cabeza, y esperó. El tiempo se tornó denso y pesado. Aburrido, tomaba puñados de arena que dejaba caer para formar con ella un pequeño montículo. Éste crecía y crecía hasta colapsar por su propio peso y, por mucha arena que utilizara, el montoncito no se elevaría más allá de su altura natural. «Arena que cae entre los dedos, ¿será ésto el misterio del tiempo?», pensaba.

Cuando el sol cenital perdió su ímpetu se incorporó y volvió a mirar más allá, hacia el horizonte, donde de nuevo brillaba ese difuso resplandor. Recobró la determinación y se dijo una vez más que alcanzaría su destino. Quizá éste sólo fuera un engañoso espejismo, pero debía llegar hasta él y confirmarlo; tener al menos esa certeza. Así que caminó y caminó y, al declinar la tarde, entre la alargada sombra de las

dunas, creyó alcanzarlo. El espejismo era real: no estaba ahí, pero estaba; y le impedía el paso como una frontera invisible. Era un horizonte, pero un horizonte vertical. Y era también agua, pero un agua sólida como el vidrio, que no podría beber. Lo golpeó, lo pateó, y toda su furia se transformó entonces en una profunda vibración que brotó desde el vacío del más allá y desde toda la bóveda celeste. Era un sonido delicado y cristalino, la hermosa reverberación producida por todo lo que es y todo lo que existe. También era acaso la descarnada voz con la que el mundo le hacía saber que estaba solo y que su tiempo se agotaba sin ninguna posibilidad de aplazamiento. Así es como quizá debía sonar el terrible canto de aquellas sirenas.

Su conciencia se vio asaltada por esa revelación. Se tapó los oídos con las manos y cayó de rodillas, desesperado, porque comprendió que esos eran los confines del espacio y del tiempo, y que no podía haber escapatoria alguna. Ojalá no hubiera malgastado sus días tratando de buscar ese horizonte, ese destino, ese espejismo; todas esas quimeras. Hubiera sido mejor permanecer bajo



LioLi Mixturas



la sombra jugando con el montoncito de arena, pasándolo de una mano a la otra, creándolo una y otra vez. Porque en el desierto no tiene sentido alguno querer ir a ninguna parte, pues siempre se termina desorientado, caminando en círculos, y llegando al mismo punto de partida. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?, se dijo. ¿Quedarme quieto por siempre, jugando con la arena, languideciendo? No, de ninguna manera. Él quiso llegar al límite de lo posible y alcanzar el oasis donde se cruzan todos los caminos, el horizonte esquivo en el que danzan todos los espejismos. Carente de respuestas continuó golpeando la pared de cristal, pero ésta sólo respondía con el eco de sus propios golpes.

El sol se ocultaba entre las dunas y se levantó entonces una brisa de ráfagas cálidas y crecientes. Aunque el cielo estaba despejado, el desierto anunciaba así que la próxima tormenta de arena estaba a punto de comenzar. El caminante temió haberla desencadenado con su rabia, pero no era así. Porque en el universo todo empieza y termina y vuelve a empezar, y nada de eso sucede por la voluntad del hombre. El viento agitaba el capote del caminante y poco después comenzó el temblor. Era una sensación fatal e ineludible, y la arena bajo sus pies se estremeció. Arenas movedizas. Al principio la concavidad apenas podía percibirse, pero no pararía de crecer y crecer hasta ocuparlo todo. Debía correr y alejarse de ahí cuanto antes. Lo intentó, pero cayó y gateó entre la arena voraz. Se incorporó y corrió de nuevo, pero no había sitio adonde ir en todo ese paraje, ilimitado y eterno.

Dejó de huir y recuperó el aliento. Recordó entonces lo que siempre olvidaba: que, en el desierto, correr no tiene ningún sentido. Que, caminar, ni siquiera tampoco lo tenga, pues todos los caminos son circulares. Que el tiempo no existe y que se desliza entre las manos como un susurro. La arena bajo sus pies se estremecía y se ablandaba aún más, disolviéndose en sí misma y devorando el espacio en un sumidero

descendente. Se sentó entonces con serenidad, dispuesto a afrontar el fin, y comenzó a jugar con la arena, dejándola caer en un montículo que se desmoronaría sobre su propio peso. Miró su mano abierta y vacía y pensó que el enigma definitivo podría ser algo parecido a eso: el final, la muerte del tiempo, acaecería cuando ya nada más quedase por caer.

No se resistió y se dejó tragar por las arenas. Atravesó el angosto pasadizo, el ojo de ciclope de la tormenta subterránea. El orden y el caos estaban ahí entrelazados, abrazándose en mortal abrazo espiral, en el epicentro de todas las simetrías. Fue engullido sin resistencia ni dolor, y cayó en el remolino de arena ingravida a lo largo de un instante detenido. Ahí, en ese vórtice singular, el tiempo era inconcebible: se desentrañaba y se enlazaba sobre sí mismo, creándose y destruyéndose a la vez.

Cuando la tormenta de arena pasó se hizo, una vez más, el silencio. El hombre era un bulto encogido y parcialmente sepultado. Se irguió, sacudió su ropa, y miró hacia el horizonte en todas direcciones. Quizá supiera que, en el fondo, no importaba demasiado decidir entre moverse o quedarse quieto porque en el próximo ciclo, cuando la clepsidra del mundo fuese invertida, todo regresaría una vez más a su eterno comienzo. Y, sin embargo, eligió ponerse a andar para tratar de alcanzar el horizonte acuoso, en los límites de sí mismo.

Con el sol en la cara descendió la duna dejando sus huellas sobre la arena. El mundo había nacido de nuevo y él caminaba hacia alguna parte. En este páramo de espacio y de tiempo al que somos arrojados por el capricho de un destino ciego nada existe en vano, ni siquiera los espejismos que nublan la vista y la razón. Porque, en el desierto, los espejismos sirven para evitar la derrota antes de la derrota, para evitar morir más de una vez.

Porque, en el desierto, los espejismos sirven para caminar.



Ser pobre

Ser pobre hoy día es una agonía fácil de llevar, aunque te nieguen la gratitud y la solvencia en cada suicidio del esfuerzo. El pobre se traga la sopa como si fueran a quitársela. Sopa de fideo que se seca en los frigoríficos que solidifican el grano y el cereal arraigado en el hambre como una plegaria desnuda de locura en un mundo que nada más que dinero quiere. Ser pobre, pobre de aquel que siendo pobre desprecie el pan de la mañana en la noche que lo endurece. Soy pobre pero generoso. Demasiado generoso para la abnegada justicia que lo contamina de ruego y sombra. Ser pobre te hace esclavo de un patrón, de un capataz, de un mandón. Soy lo que se desprecia sin compasión, soy lo que no vale la pena, porque no hay nadie más pobre que el que piensa libremente y no duda en verter una flor destrozada como regalo del monstruo. Soy pobre, sí señor, porque he nacido severamente pobre. Porque mi trabajo es valor sin fruto, y una plegaria dormida ante el obispo que tiene tendencia para volcarse ante el marqués y el que vive en un barrio de mármol y grandes espacios con eco. Soy pobre, y tonto he sido tantas veces que me da pena el dinero que queman los idiotas para probar la máscara fría de muerte los sepultureros de la abundancia. Soy pobre sí, porque no tengo nada más que esclavitud desde las entrañas. El hombre rico cumple su amenaza y la prostituta te interroga devorada por la tendencia de encontrar dinero colgado de los árboles sin sombra. La angustia y la soledad del pobre solo lo lastima a él sólo. A él sólo. Porque ya no hay fianza para el que llevan a la prisión del dinero. Y los barrotes de oro son sólo para los pobres que nada tienen con que obsequiar.

Voces de ultratumba

Por el hecho estúpido de no negociar con nadie, porque conozco este mundo y he visto la causa de histeria, las puertas de la miseria y el hecho indecente de ser miserable. Por las canciones con mensaje que no debí conocer nunca, por la vida y sus razones, por la verdad que se trunca, no debí jamás regalar nada a nadie, regalar mi trabajo resulta algo indignante. No ganarán tras mi muerte mujeres viudas, pues no creo llegar a nada ni ando en su busca. Por el delito infractor de necesitar aún de mis padres, y de nadie más que mis padres, que siempre me ofrecieron pan, cariño y ayuda, su ayuda. Que fui el sonrojo, la vergüenza iracunda y pagué tanta multa, que no creo en nada ni en nadie, solamente creo en el amor de una madre, en el hecho que me quitó el hambre: la siderurgia ya que a herrumbre olía mi padre, ahora ya no se acostumbra, ni a los títeres sin cabeza, ni a la flor de sutileza, a ninguna causa injusta, y a la versión que siempre mantuvo una inteligencia ya madura. Aún me perturban ciertas ideas que se enmohecieron y quedaron grabadas con mi hecho y mi disculpa, me dicen ellos, sal y disfruta. Nunca habrá nadie que lo discuta, después de caerme borracho al abismo o la repentina gruta. Estoy enfangado de pies a cabeza, vivo esta vida para y por la literatura. La pieza en su cabeza de la que disfrutaban hermana y hermano, pero a mí solamente me culpan de mi insatisfecha locura en cada invierno y en cada verano. En las estaciones mejores vivo y muero, pero mi latido no se perturba. Estos no son voces mías, son voces de ultratumba. Las voces que en mí murieron cavando mi propia tumba.

www.nevandoenlaguinea.com

Revista literaria Digital Trimestral
Nevando en la Guinea



[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)